

CARLOS CASTILLO QUINTERO

# BOBBY

CINCO CUENTOS PREMIADOS



BOOBY | Cinco cuentos premiados  
@Carlos Castillo Quintero

Imagen de la carátula | @Constantino Castelblanco Quintana

Burdelianas Poetry Editores  
[www.burdelianaspoeetry.com](http://www.burdelianaspoeetry.com)  
Libro de distribución gratuita | Todos los derechos reservados

Marzo 21 de 2022, Día mundial de la Poesía

## Contenido

Todos amábamos a Monina Klevens .....	4
¿Se puede escuchar música en el cielo? .....	10
Dalila dreaming .....	15
Verano feliz .....	26
Bobby .....	30

# Todos amábamos a Monina Klevens<sup>1</sup>

*Y hay un espejo que te aguarda en vano.*

Jorge Luis Borges, *Límites*

I

Desde que cerraron la fábrica de vestidos para muñeca de Mister Klevens, él se la pasa en los parasoles del *Marie Rogêt* jugando póker. Nosotros vamos a verlo porque es gringo, porque nos brinda de su paquete de *Virginia Slim Rosé* y porque a veces nos regala monedas de veinticinco centavos de dólar. Eso decimos, pero en realidad vamos para ver a Monina.

Monina Klevens es más grande que nosotros, está en sexto, y mata las tardes de calor nadando en la piscina del Club Social. A las siete de la noche baja, con el cabello todavía húmedo, y antes de que llegue a recoger a su papá nosotros la sentimos: Pequeño Alf se pone a silbar un tema de los Beatles, Germán comienza a sudar, yo enciendo el cigarro que me ha ofrecido Mister Klevens y antes de que ella bese la mejilla rosada de su papá ya estamos adentro, jugando billar.

Germán, el mayor de los tres, ya cumplió dieciséis años y lo único que quiere en la vida es entrar a la policía para ser piloto de helicóptero. Primero quería ser ciclista, pero desde que vimos el rostro ensangrentado de Lucho Herrera, cuando se cayó en la etapa del Tour entre Autrans y Saint-Étienne, le entró miedo.

Pequeño Alf se la pasa fumando bareta y le importa un carajo todo. Estudia porque su mamá lo tiene chantajeado con el cuento de que si le hace tener malos genios le va a dar el tercer ataque de trombosis, y se muere. El segundo ataque le dio hace como dos meses: nos fuimos en bicicleta hasta Zetaquira, y Pequeño Alf se salió de la casa con las llaves y dejó a todo el mundo encerrado. La mamá de Pequeño Alf está vieja, tiene la cara torcida y a todos nos da miedo de que de verdad se muera, por culpa nuestra.

Yo sólo quiero irme de aquí. Quiero ir a Nueva York a estudiar Artes, y ver a algún cantante famoso —Mick Jagger, por ejemplo— caminando por la Quinta Avenida cogido de la mano de una

---

<sup>1</sup> Premio Nacional de Cuento, 2012. Universidad Central. Egresados del Taller de Escritores, del pregrado de Creación Literaria y de la Especialización en Creación Narrativa.

muchacha que lo mire como si él estuviese en una tarima, en mitad de un concierto (en mis sueños soy yo quien camina con Monina, y la mira); o a Bogotá para vivir con Enrique, mi hermano mayor, estudiar en la Nacional y pasar las tardes con él, en Abbott & Costello, bebiendo cerveza y escuchando Rock and roll; y para acompañarlo a las reuniones del Sindicato. En últimas quisiera ir a Medellín para unirme a la tropa de Gonzalo Arango, pero el profeta hace años que se murió, y aquí ni siquiera hay dónde leerlo. Este pueblo es una cárcel sitiada por el Páramo del Vijagüal.

—Hola viejo —le dice Monina a su papá, en inglés, y sus palabras en mis oídos son pequeños aviones de papel.

Mister Klevens se despide de todos, sonriente, y se van. Nosotros salimos a la puerta del café y los vemos atravesar el parque: él, muy alto, caminando sobre sus botas de suela ancha, con sus pantalones caqui hasta la rodilla, como una jirafa feliz; y ella prendida a su brazo, segura, en sandalias, vestida con una bata estampada con pececitos de cristal que la brisa de la noche pega a su cuerpo. Se va levitando sobre los adoquines repletos de flores de ocobo.

Antes de irse, Monina voltea a mirar y sonrío: sus ojos verdes se detienen un momento en los míos —eso creo— y siento que me falta el aliento, el sol que hace más de una hora se ha ido vuelve a entrar por las ventanas del billar, y siento que brilla más que nunca, y esa noche fijo no puedo dormir. Entonces le echo la culpa al millón de luciérnagas, al griterío que arman amándose en el solar de mi casa, en el reverso de la lluvia, como caníbales.

## II

Cuando llueve, este pueblo es el más miedoso de la Tierra. Antes del aguacero las golondrinas revolotean en la parte de arriba del cielo; los copetones van de un árbol a otro, conversan, y en familia se recogen en sus nidos. Las ratas de monte —negras y pardas— corretean entre los cafetales, salen de los restos de maíz, emergen del empedrado del Camino Real, brotan de la labranza y uno llega a pensar que por aquí hay más ratas que gente. Las viudas preparan olletadas de tinto y se meten entre las cobijas a escuchar por radio las aventuras de *Arandú el Príncipe de la Selva*, a dormir, a pensar en el amor —a solas—, y a soñar que los muertos están definitivamente muertos, o bien dormidos, y que esa noche no vendrán.

Aquí, en este pueblo, la lluvia no crece como los niños en el vientre de su mamá, o los geranios en las macetas, sino que comienza de una sola vez: las esclusas del cielo se abren y toneladas de agua caen sobre las tejas de barro, sobre las tejas de zinc, sobre las tejas de eternit, en gavilla, y arman un alboroto de los mil demonios.

En días como esos, los asiduos del *Marie Rogêt* van al mezanine del café y desde allí ven cómo la lluvia castiga los parasoles, busca las acequias del parque y se precipita hacia la plaza de mercado arrastrando las flores de ocobo: las blancas, las rosadas, las amarillas, todas... como si bien abajo, en el río, alguien estuviera preparando un perfume y hubiese hecho un pedido urgente.

El viejo Basilio —el dueño del café— que es aficionado a los cuentos de Edgar Allan Poe, cuando llueve duro no presta ningún juego. En esas ocasiones apaga la rocola, saca un viejo ejemplar de «*Narraciones extraordinarias*» y se pone a leer en voz alta: hace genuflexiones, brota los ojos, manotea, cambia el tono de la voz... tratando de meterle miedo a su auditorio. A quien no lo escuche, no le vuelve a dar servicio en el café, lo condena al exilio del *Marie Rogêt* que es como si lo echara del pueblo, o por lo menos deja de fiarle por un tiempo. Mister Klevens es el único que no lo escucha, impune. Él se queda abajo, ubica una mecedora en la puerta principal, y, en silencio, bebe whisky, fuma un *Virginia Slim Rosé* tras otro, y sus ojos se van con la lluvia, más allá del parque, de la plaza de mercado, del río... Van y se quedan en Saint Lois, en un viejo navío sobre el Mississippi, en los ojos de una mujer que amó, y que tenía la misma mirada feliz de Monina cuando camina tomada de su brazo.

### III

Son las seis de la tarde. Es domingo, día de mercado. Fin de mes y llueve. Y cuando llueve en este pueblo, la nariz se le atranca a uno con el olor de la lluvia, que es igual de espeso que el olor del miedo. Temes entonces por lo que pueda bajar de la montaña cabalgando sobre el agua: cuerpos, cabezas, torsos, brazos, uñas todavía atrapando su último ramalazo de luna. Temes, y no sirve de nada cerrar los ojos, menos lanzarse en paracaídas al canto de tu mamá: ella también está asustada porque sabe mejor que tú que mezclado con el torrencial —y con el miedo— llega el olor de la sangre que doblega los pulmones, penetra, ataca, jode, y te pones mal. Es domingo y del cielo cae una balacera de agua que acobarda hasta a los perros gordos y matones que cría el papá de Germán para que le cuiden la finca.

Y uno siente que de verdad se va a acabar el mundo, que todo está perdido, que ya nunca voy a desayunar contigo, Monina, leyendo prensa, bebiendo café, escuchando Led Zeppelin o Pink Floyd mientras nuestros hijos de cachetes rosados como los de tu papá, dan tumbos sobre la alfombra —todos felices— allá, en nuestro pent-house de la Quinta Avenida, en las alturas, apartados del ruido y el afán.

#### IV

Llueve y los árboles tiemblan. Mi mamá tiene miedo y al igual que las viudas escucha radio — pegada al tubo del lavadero, para que la emisora sintonice mejor— esperando que *Arandú* la salve. Porque es domingo. Fin de mes y llueve y todos sabemos que mi papá en días como hoy toma, y cuando escampe de pronto se le ocurre venir. A mí, al verla temblar, me dan ganas de volar, allá, a la parte de arriba del cielo en donde se la pasan las golondrinas, para que apenas empiece el torrencial pueda subir, subir hasta desaparecer, como ellas.

Pero hoy no tengo miedo, como esa noche. También era domingo. Fin de mes. En la mañana con Jefer, Nelson, Pequeño Alf y Germán habíamos estado jugando banquitas. Después, con mis hermanas, fuimos a matiné, al Teatro Esquivel, y vimos «*Santo y Blue Demon contra el Doctor Frankenstein*». Ya entrada la tarde recogimos los canastos con el mercado y nos fuimos para la casa. Por la noche, borracho, llegó él y porque intenté defender a mi mamá, o simplemente porque se le dio la gana, con el cuchillo de la cocina me cortó una oreja. No me duele el muñón, ni el “chino marica” que esa maldita noche escupió en mi rostro, tampoco me molestan las burlas de mis compañeros de curso. Lo que odio es su risa, y me duele que las matas de mirto hayan sido sus cómplices y que no me devuelvan la oreja.

Hoy me siento más fuerte que Blue Demon y quiero que venga, para que mi mamá ya no tenga que temblar nunca más.

#### V

Después de que lo encontraron muerto, ahogado en la Mocacía, mi mamá pudo entrar a trabajar en la fábrica de vestidos para muñeca de Mister Klevens, y le fue bien. Ahora que era viuda se puso linda, como cuando joven, y no volvió a escuchar en la radio las aventuras de *Arandú el*

*Príncipe de la Selva*, ni a tener miedo. Pero al año siguiente cerraron la fábrica y Enrique se la llevó a vivir con él, en Bogotá. Y todos nos fuimos del pueblo y no regresamos jamás.

Allá quedaron los amigos que siguieron creciendo, y se hicieron hombres para alimentar la peste de asesinos que escudados en la lluvia y el petróleo llegaron años después. Quedó la colección completa de las historias de *Tintín* que, por turnos, leíamos en la Biblioteca María Morales. Quedó la sombra macabra reflejada en el estanque de patos de la cruz de roble que un alcalde mandó plantar en mitad del parque principal, custodiada por los ocobos, para celebrar las matanzas de la Violencia. Quedó Kalimán enseñándole al pequeño Solín que *quien domina la mente lo domina todo*, Tío Rico y sus tres sobrinos, Memín, Batman, la Mujer Maravilla y todas las demás historietas que después de que cerraron la fábrica y mi mamá se quedó sin trabajo nos dieron para comer. La *Cuentería* que montamos fue el único lugar que durante unas semanas —del último año que vivimos en el pueblo— llegó a ser más concurrido que el *Marie Rogét* en donde Mister Klevens, más fiel que todo el mundo, siguió sentado en la mecedora, viendo llover, bebiendo whisky y fumando sus mentolados que, en un paquete marcado cuidadosamente con caligrafía de mujer, le llegaban por correo todos los meses desde Saint Lois. Esas semanas fueron las del Tour de Francia del 85 cuando Fabio Parra y Lucho Herrera hicieron el doblete y pasaron la meta, tomados de la mano, en la etapa de Lans-en-Vercors. En la *Cuentería* vendimos los cromos del Tour, y las fichas más apreciadas eran las de los integrantes del Equipo Varta-Café de Colombia. En ese año hasta el viejo Basilio llenó álbum.

También quedó todo aquello que no te dije, Monina. Quedó el piropo que ahogué en mis intestinos porque pensé que jamás ibas a querer a alguien como yo, pobre y sin oreja. Si hubiese reunido el valor suficiente, te hubiera esperado a la salida del Club Social y te habría dicho: *Tú eres mi media naranja mecánica perfecta*, pronunciando cada palabra con voz de duro. Ya de novios —mientras te dibujo saliendo de la piscina, de medio lado, secándote el pelo con una toalla, o saltando en un solo pie para que el agua salga de tu oído— te habría contado de mis deseos de estudiar Artes, de mi odio irracional por los perros chiquitos —los pekineses, sobre todo—; y de mi frustración porque la naturaleza no me permitió tener una melena, una barba y una pinta como la de John Lennon en las fotos de los Beatles cruzando el paso de cebra de la londinense calle de Abbey Road. Seguro hubieras pasado tu mano suave y blanca por mi cabello chuto, me habrías besado en la boca y hubieses pronunciado alguna frase cordial, algo lindo en inglés, como una canción compuesta por Paul



McCartney, concierto de pequeños aviones de papel que hubiesen despegado de tus labios volando —ahora sí— en exclusiva para mí.

Quedaron mis luciérnagas, copulando, y sus hijas, y las hijas de sus hijas y sus hijas y sus hijas... todas con el culo lleno de luz, iluminándoles la vida a gentes que no saben de ti.

También quedó la sombra de todo lo que vino después, mi vida, que ya no tiene sentido contarte:

Ese día lluvioso de diciembre que no olvido, en el que me separé de una mujer que no me amaba; y ese otro día triste —también decembrino— en el que Mark David Chapman le encajó cinco disparos a John Lennon, frente del Dakota Building, en Nueva York, ciudad de neón que todavía no conozco. Quedan mis días en Bogotá, viviendo con una mujer que lee a Chéjov, con dos hijos ajenos y tres gatos siameses, en una casa a la que se llega por una calle estrecha que tiene el aspecto de una abandonada carretera lunar.

En ese pueblo, ahora tan ajeno para mí, quedaste tú, Monina, quedó Mister Klevens, y el *Marie Rogêt*, café que ya nadie recuerda, y donde ahora funciona una franquicia de Pizza Nostra.

También quedó Nelson —el que después se fue a trabajar en un trasatlántico, hizo fortuna, y ahora vive en New Jersey dedicado a cuidar a su hijo de cinco años— el mismo que una tarde me llamó por celular exclusivamente para contarme que Pequeño Alf había muerto, hacía años, de una traba con ácido muriático, químico doméstico con el que su mamá limpiaba la estufa; su pobre mamá vieja y caritorcida que veintitrés años después aún no le ha dado su tercer ataque de trombosis, y a quien le importa un bledo que hoy te esté contando, Monina, que en aquellos lejanos días, apenas abandonada la infancia, todos amábamos a Monina Klevens.

\* \* \*

## ¿Se puede escuchar música en el cielo?<sup>2</sup>

1

El barco estaba sobre el separador de la autopista, con el casco oxidado y la hélice carcomida por la herrumbre, ahí, al final de la tarde, encallado bajo el puente de la Estación Toberín, sin que nadie reparara en él, excepto Anamilé.

No era muy grande, claro, pero ella pensó que una persona —una pareja, inclusive— podría vivir allí, en esa estructura de hierro y madera que conservaba todavía algo de la pintura amarilla de otros tiempos. *WAR IS OVER*, se podía leer en uno de sus costados.

Anamilé llevaba ya cerca de quince minutos recargada contra la baranda del puente de la estación, tomándole fotos con la cámara de su celular. ¿De dónde habría salido? ¿Por qué nadie lo retiraba de allí? Miró la hora: 6:20, pensó que debería irse, porque ya se le estaba haciendo tarde.

Desde que al director se le había dado por filmar en la noche, ella estaba cada vez más agotada. Sentía que ese trabajo, en últimas, había resultado más pesado que sus jornadas en el *Excalibur*. Pero no sería por mucho tiempo, dos o tres películas más y reuniría el dinero suficiente para irse a vivir a Cartagena, y montar la boutique.

Tuvo la intención de bajar y entrar al barco, pero la policía de tránsito ya había llegado y estaban acordonando el lugar. El *WAR IS OVER* permanecía varado en el crepúsculo, ajeno al barullo que se estaba formando a su alrededor, como si la pátina de sal y algas de su lomo le permitiera viajar sin necesidad de estar en el agua.

El nombre del barco hizo que Anamilé recordara a su papá. En un instante retornó a su infancia, allá, en la casa de la Colina. Recordó a Joanna, su hermana melliza, al camarote en el que durmieron hasta la adolescencia; y a él, tarareando *I don't wanna face it*, de John Lennon, hasta mucho después de que ellas se durmieran. Detrás de la puerta del cuarto, su papá había pegado un afiche de Lennon y Yoko Ono; en la parte de arriba de ese afiche decía: *WAR IS OVER* y en la de abajo, en letra más pequeña: *If you want it*.

---

<sup>2</sup> Premio Nacional de Cuento 2012, Ministerio de Cultura, Red Nacional de Escritura Creativa – RELATA, categoría Directores de Taller.

Miró de nuevo la hora: ahora sí se le había hecho tarde. Además, había comenzado a llover. Era una llovizna rala, suave, como la que a ella le gustaba. Pensó que hacía rato no dormía bien, que quizá sería buena idea irse a la cama ahora mismo, olvidar todo. Quedarse tendida, sola, y flirtear con el ruido del agua. Soñar.

*Los sueños hacen parte de la realidad, y muchas veces son más reales que la vigilia* —decía su papá, cuando alguna de las dos no quería ir al colegio—: *Sigue soñando*. Un beso. Una nota disculpando a la perezosa. Todo el amor del mundo. Escuchó esa voz, muy adentro de su cabeza, allá lejos.

En su cartera buscó el paquete de Marlboro. Prendió uno, y se puso a fumar como si no tuviera prisa, como si esa noche de jueves le perteneciera, y estuviese allí, en ese puente, solamente esperando a unos compañeros de semestre. Irían a un bar del Parque de la 93, a beber cerveza, o mejor unos vodkas, o un Martini para renovar la piel, desde adentro, y devolverle su calidez. Irían a hablar y escuchar música —sin preocupaciones— mientras afuera la noche seguía, con su lluvia. Abandonaría, a su suerte, a esa pequeña embarcación que bajo sus pies continuaba su viaje imaginario llevando un mensaje de paz a Nueva York, Londres, Toronto, París, Roma, Berlín, Atenas, Buenos Aires, Delhi y Tokio. No supo por qué pensó en esas ciudades. Sonaban bien. Entre todas eran el mundo. Un mundo lejano que no conocía. Ella iría a bailar con sus amigos, a ser feliz, a celebrar la juventud. Y a enamorarse, mientras en una terraza, en Liverpool, suena *I can't get no satisfaction...*

Pero antes de que en su cabeza inicie a cantar Mick Jagger, un calambre en la pierna izquierda la obliga a recargarse contra el puente —el trabajo realmente la tenía mal, cansada, y llena de moretones—. El dolor subió por su espalda. En ese momento vibró su celular, timbró, se le soltó de la mano y cayó a la Autopista. Se hizo pedazos, claro. Miró los restos iluminados por los automóviles que pasaban, y pensó que así luciría el cadáver de un suicida mecánico, un marcianito verde biche, como su malogrado aparato. Sonrió. Pensó en las fotografías que había tomado. ¡Lástima! Quien la estaba llamando seguramente era Richard, el director. Sonrió de nuevo y su sonrisa se iluminó, salpicada por la lluvia. Recordar a su papá, en definitiva, le hacía muy bien. Prendió otro Marlboro. El calambre se había ido.

«*Club de encuentros*», así se llama el último film que Anamilé está protagonizando. No tiene libreto. El director, antes de entrar al *set*, comenta con los actores dos o tres cosas básicas sobre cómo se van a dar las situaciones, luego los deja en completa libertad. La película es en realidad una serie de cortos. La única mujer que trabaja allí es Anamilé, la protagonista, la estrella. Los actores cambian a diario. Son muchos, ella no lleva la cuenta. El *Club* recibe a uno, dos, tres o más hombres que comparten una fantasía; la mujer los satisface. Cada *encuentro* es un corto. Anamilé sospecha que sus coprotagonistas no son actores, sino clientes. ¡Qué importa! A nadie le importa. Tiene maltratadas las rodillas. Su boca no da más. Ella no da más. Trabaja diez horas diarias y cada película se filma en una, o máximo en dos semanas. Ésta ya es la cuarta. Las anteriores tres han sido un éxito. Richard ya cambió de carro.

En la calle, Anamilé teme que la reconozcan. Teme en el supermercado, en el gimnasio. Ella teme y le duele todo. Le duele.

Empezó a gemir, en sueños. Germán la despertó. Ella le contó lo que había estado soñando:

«Apenas está amaneciendo. Regreso del trabajo, en un bus de Transmilenio que está casi desocupado. Me siento en uno de los asientos de atrás. Más adelante va un jovencito, luce un copete de Alf que me parece chistoso. Voltea a mirar y siento un escalofrío: está pálido, como un muerto; su mirada es inexpresiva. El bus se detiene en la estación de la Calle 100, y se sube una mujer con un bebé de brazos, arropado con un chal negro. Se sienta en la silla al frente mío. En la siguiente estación la mujer se levanta y se va, dejando al bebé abandonado, a punto de caer. Voy y lo tomo entre mis brazos. Al descubrirlo veo que no es un niño, sino un muñeco: Chucky, el asesino, con su pantalón azul, su camiseta a rayas, las tirantas, y esa mirada infernal. Intento soltarlo, pero no puedo. El muñeco sonríe. El muchacho del copete me mira de nuevo, y también sonríe: su dentadura es una costra. Entonces Chucky se levanta, se apoya en mi cinturón y me toma de los hombros, me estruja. Grito. Me despierto y tú me estás mirando. Grito de nuevo».

Anamilé esta temblando. Germán la toma entre sus brazos y le acaricia la cabeza, como a un niño pequeño. Ella se duerme de nuevo, abandonada en los brazos de aquel hombre que apenas conoce.

Es una habitación grande. Al lado hay otra, una sala. No es un lugar lujoso, pero sí mucho mejor a los que ella normalmente va. Germán trabaja en la policía: es piloto, o por lo menos eso le ha dicho. Casi la dobla en edad, pero a Anamilé eso no le interesa, Germán le agrada.

Ésta es la cuarta vez que él la busca, en una ocasión anterior incluso la invitó a su casa, pero ella no quiso. También la ayudó a dejar su trabajo en el *Excalibur*, y la recomendó con Richard. Le prometió ayuda para montar la boutique.

Anamilé vuelve a soñar:

En el sueño Germán vuela en un helicóptero de dos hélices, poderoso, igual a los de *Avatar*. El aparato atraviesa el firmamento, de una isla celeste a otra, roncando. Intempestivamente sufre una avería, y cae, en mitad de una tupida selva. En el sueño a ella se le figura que aquella es una selva de bonsáis. Ahora Germán no es piloto sino un habitante de la jungla. Está barbado. Ella lo ve correr, semidesnudo, con un cuchillo en la mano, persiguiendo a un animal multicolor parecido a un cerdo. Lo ve triunfante, con un pie sobre la bestezuela que yace entre el pasto, con los ojos vitrificados. Germán se golpea el pecho con los puños, y grita como un loco: *Es el grito de victoria de Tarzán el Hombre Mono*, dice Germán en el sueño. A ella *Tarzán* le suena a nombre de perro pekinés.

#### 4

A pesar de que ahora permanece cansada y no le gusta salir, el sábado anterior aceptó la invitación de Germán. Estuvieron en el Centro Comercial Avenida Chile, haciendo compras, fueron a cine. Antes, él le dijo que ella le gustaba mucho, que vivieran juntos. Que si quería le montaba un negocio, aquí, en Bogotá.

Vieron «*Una noche en París*», la última película de Woody Allen, y desde entonces Anamilé se llenó de melancolía. Le dijo que no, que no era buena idea vivir juntos. Él le pidió que lo pensara. Ella se prometió no verlo nunca más.

El domingo estuvo de mal genio durante todo el día. Se recriminó por haber aceptado aquella invitación, por darle confianza. El lunes, en el trabajo, estuvo nerviosa, distraída y Richard la gritó, fue grosero. El martes también. El miércoles —ayer— inició a tomar valeriana y a escuchar *I can't get no satisfaction*, una y otra vez.

Hoy, al despertar, ya pasado el mediodía, buscó el frasco de valeriana. Su mano, torpe, lo dejó caer, y dañó la alfombra. Ahora se le había caído el celular. Pensó, con tristeza, que todo lo suyo tendía hacia abajo. Miró hacia el cielo. Buscó las islas flotantes, la jungla en donde un diminuto Germán cazaba en una selva de bonsáis, pero no vio nada. Pensó que quizá existiría un cielo marciano a donde iría a parar el alma de los celulares, sus fotos, su música...

¿Se puede escuchar música en el cielo?, preguntó, en voz alta, y una señora que pasaba por el puente con dos niños de la mano se quedó mirándola. Anamilé sonrió: la señora lucía una cabellera negra, con un mechón blanco a un lado, igual a Titania, la muchachita de X-MEN que con un beso puede extraerle la vida a la gente.

Los policías hacía rato que se habían llevado al *WAR IS OVER*, remolcado por un tractor. Sólo le quedaba un Marlboro, y definitivamente ya era muy tarde para ir al trabajo. ¡Qué importa! Se sintió feliz, liberada. Sólo lamentó no tener en qué escuchar música, dónde ver la hora... y por primera vez se dio cuenta de lo mucho que dependía del marcianito verde biche que yacía sobre la Autopista.

Prendió el último cigarrillo y esperó.

En su cabeza Mick Jagger cantó *I can't get no satisfaction*, pronunció *don't play with me because you play with fire* como nunca antes, y ella lloró. La lluvia hacía rato había cesado. Anamilé sintió que el tiempo que había permanecido allí, en el puente de la Estación Toberín, esa última hora —o quizá menos— había sido el momento más feliz que había pasado en los últimos años.

Se ubicó sobre la calzada del Transmilenio. Calculó bien. Por última vez miró al cielo. Era una bóveda ciega.

A lo lejos vio una oruga roja que avanzaba, rauda, repleta de gente, y se lanzó. Segundos después apenas era una masa de carne arrollada, una mancha sobre la Autopista que pronto iba a desaparecer, como el marcianito, como el *WAR IS OVER*. Y nadie sabría que había estado allí.

\* \* \*

## Dalila dreaming<sup>3</sup>

*Ya pueden iluminarse de noche las ciudades.  
Mi jornada ha concluido.*

Arthur Rimbaud, *Una temporada en el infierno*

### I

Si Usted pudiera verlo, él estaría sentado en el filo de una cama doble, con un cigarrillo encendido en su mano izquierda y una copa de tequila en la derecha, solo, con la mirada fija en los ojos del hombre gordo que lo mira desde el espejo del armario. Está desnudo. Está calvo, pero usa una peluca negra: cabello lacio hasta la cintura con una cola a cada lado. Sobre la mesa de noche hay unas hojas empastadas en velobain; en la última página, en el último renglón, dice: *El que se enamora pierde, profe.*

### II

Su día inicia con un trago de aguardiente al que le exprime medio limón. Lo bebe parado frente al ventanal de la sala, con la mirada perdida en las luces de los edificios del centro. Antes, ha derramado un sorbo en una matera.

Del solterón que está a un lado de la puerta principal toma un gancho con la ropa que desde la mañana dejó lista y se dirige al baño. De la nevera coge media de aguardiente que está casi llena.

Con la bata de dormir todavía puesta, se para bajo la ducha pero no abre la llave. Se masturba sin mucha convicción. No puede. A pico de botella bebe un sorbo largo, se ahoga, tose. Reinicia, pero ya no es posible una erección. Se quita la bata y abre la ducha dejando que caiga un chorro enclenque que casi lo despelleja. Aguanta. Le gusta el agua hirviendo: apuesta contra el hielo que desde que Adela se fue, hace cinco años, se le ha metido dentro.

Apaga la ducha y busca otro trago. Se afeita: primero la cabeza, luego la barba y después las axilas. Mira abajo y verifica que los pelos aún no crecen; su pene, rosadito y flácido, descansa como colgando de un desierto sembrado de espinas.

---

<sup>3</sup> Premio Nacional de Cuento 2011, Ministerio de Cultura, Red Nacional de Escritura Creativa – RELATA, categoría Directores de Taller.

Antes de salir de la ducha toma una toalla de manos y la tira al piso; con una grande se seca mientras mueve los pies, uno después del otro, como un gato que limpia la arena en la que acaba de orinar.

*Tú y las nubes me traen muy loco... Tú y las nubes me van a matar*, canta. En realidad no ha dejado de cantar desde que entró al baño. Busca la botella y bebe lo que queda. Este es el mejor momento de su día: está limpio —se siente limpio— y con una creciente ebriedad.

Mira el gancho de ropa que cuelga de un puntillón. Mira el pantalón negro con los pliegues perfectos, la camisa blanca inmaculada, los calzoncillos más blancos que la camisa, los calcetines grises, el saco de paño verde, y el corbatín amarillo y negro igual a una mariposa Monarca. Piensa en su madre muerta: ahora estaría feliz, orgullosa de que su hijo sepa lavar y planchar ropa. Se pone los calzoncillos y descalzo —como ha estado desde que se levantó— va hasta la cocina y de la nevera toma una cerveza. Bebe. Todo el tiempo ha repetido las dos únicas frases que se sabe de aquella canción, pero él no lo nota. Si lo notara hubiese dicho: *Qué rara es la memoria, retiene lo que se le da la gana*. Rara, sí, porque a él no le gustan las rancheras.

Regresa al baño y termina de vestirse. Con un cepillo de cerdas de jabalí, finas y suaves se peina, cumple con ese ritual innecesario. Después dedica unos minutos para arreglarse el corbatín: la mariposa Monarca revolotea entre sus dedos. Desde el fondo del espejo un viejo le hace gestos, le muestra las encías grises, saca su lengua de lagartija, brota los ojos y ríe con una mueca que da miedo.

En una gaveta busca un cepillo de dientes, nuevo, y tomando tragos espaciados de listerine se lava los dientes una y otra vez. Por último se perfuma: loción para después de la afeitada, colonia en la cabeza, el pecho, las axilas, y crema en las manos; todo marca Dolce & Gabbana que a él no le gusta, pero que a ella le gustaba.

Sale del baño y se dirige a la alcoba con la toalla en una mano y los calcetines en la otra. Abre el armario y toma uno de los tres pares de zapatos negros y brillantes que están en el piso. Sentado en la cama se seca, con cuidado repasa cada dedo varias veces, se aplica mexana, se pone las medias y luego el zapato del pie derecho. Duda. No mira hacia ningún lado, pero siente que alguien lo observa: su mamá quizá, sabe que ella todavía ronda en la que fue su casa. Aprisa se amarra el zapato, sabe que le ha quedado mal, que nunca aprendió a amarrarse bien los zapatos. Repite la



escena con el zapato del pie izquierdo. Se levanta y va a buscar la botella de aguardiente, sin recordar que ya está vacía.

Parado otra vez frente al ventanal de la sala, con una copa de tequila en la mano derecha y un cigarrillo en la otra, brinda. Esta vez no le da de beber a la matera. Afuera, la ciudad se precipita hacia la medianoche.

### III

Antes de salir se pone las gafas y del solterón toma su mochila. *Auténtica aruaka*, piensa, y verifica que todo esté en orden: los pielrojas, la media sin abrir, la libreta, las tijeras, un libro y, disimulada en un estuche de cuero, *la Suiza*.

No toma el ascensor. En días como hoy baja los trece pisos por las escaleras y piensa en ella, en Adela. Al llegar a la portería del edificio dejará de pensarla, no merece más...

—Adelita —dice alguien y él se molesta por la interrupción. Quien gritó es un pendejo que va a todas las sesiones del taller pero que no escribe nada. Ni una línea en todo el semestre.

—Perdón maestro —dice y José Alfredo lo mira con desprecio y continúa con la lectura de *Nada que hacer, Monsieur Baruch*.

Pero no lee bien. Se sabe el cuento de memoria, lo ha leído en voz alta muchas veces, lo estaba leyendo bien pero después del grito y del *perdón maestro* del pendejo ya no puede. No por la interrupción sino por Adela, que ese día va por primera vez a su clase: *De asistente, ¿puedo profe?*, le pidió a la salida, mientras caminaba a su lado por el vestíbulo de la Biblioteca: *Quiero aprender a escribir y Esteban, mi novio, me comentó que su taller es muy bueno*, dijo, pero José Alfredo no la escuchó. El olor de la muchacha, desde antes que el pendejo gritara, lo había atontado, estaba lerdo, en un estado parecido al pánico, pero en completa calma: como una puntilla clavada en una pared recién pintada, torcida, dañando el estuco y la pintura.

Pensó en monsieur Baruch quien ahora seguiría dudando hacia qué habitación arrastrarse... *le envió alguno de mis escritos, para que...* Pensó en el señor Ribeyro que ya no escribía en los altos... *y si no puede no interesa profe, sólo con saber que alguno de mis cuentos está en...* Pensó

que desde su último intento de novela estaba igual o peor que monsieur Baruch: reptil condenado a su condición horizontal, nada que hacer... *que me deje asistir al taller... ¿Puedo profe?*

No la escuchó. O pensó que no la había escuchado.

A José Alfredo no le gusta que le digan «profesor», menos «maestro»; con Pepe es suficiente, pero el «profe» de Adela le gustó. Nervioso, se pasa una mano por la cabeza siguiendo la melena que le llega hasta los hombros, se arregla las gafas troskianas y le dice: *Con letra clara escriba su nombre completo y su correo en este papel, y asista puntual*, y el papel que le entrega es una de sus tarjetas personales, estampada en negro, con un *Desnudo sentado* de Amadeo Modigliani impreso en un borde y en el extremo opuesto, arriba, unos versos de Rimbaud: *Una noche, senté a la Belleza en mis rodillas. Y la encontré amarga. Y la injurié*. En el centro, en letras blancas y pequeñas está su nombre: *Pepe Jiménez*, y debajo *Corrector de estilo*, palabras que suplantaron a la que quería y no fue capaz de poner: *Escritor*. En el borde inferior está su número de celular y el correo electrónico.

Él le entregó la tarjeta por el reverso, blanco, pero Adela la volteó y sus ojos se agrandaron, como para suplir la luz de los ojos cerrados de la mujer pintada por Modigliani; y lo miró como si ella también estuviera desnuda, con los senos erectos, abandonada en el margen de esa tarjeta que guardó en el bolsillo derecho de la parte de atrás de su bluyín. En una hoja de cuaderno, doblada por la mitad, con letra grande escribió: *Adela Márquez Santiesteban, llámeme, escríbame*, y después un número de teléfono y una dirección electrónica...

Y otra vez su memoria ha hecho lo que le da la gana. Hace rato que llegó a la portería del edificio y cruzó el umbral hacia la noche y ella, Adela, todavía sigue allí, metida en su cabeza aun después del descenso de los trece pisos que le tiene concedido: *No merece más*, dice, *no lo merece*, pero ella no se va. De la mochila saca la media de aguardiente que está dentro de una bolsa de papel, la destapa y reclinado contra una acacia que sobrevive al lado de la calle, bebe. Bebe para olvidarla como desde hace cinco años, cuatro meses, veintiséis días y esta noche. Y es José Alfredo quien lleva la cuenta anotada en la libreta que aguarda en el fondo de su aruaka, al lado de las tijeras y *la Suiza*, y en la que en días como éste con un verso de Rimbaud registra la ausencia de ella: *Y la primavera me trajo la risa espantable del idiota*, eso escribirá hoy al regresar a su apartamento.

Cuando considera que ya se ha alejado bastante de su barrio, para un taxi y le pide a la mujer que lo maneja que lo lleve a la Avenida Primero de Mayo con Boyacá. La taxista lo mira, duda, pero su impecable vestido y el Dolce & Gabbana que invade el interior del carro la convencen de hacer la carrera. En la radio está sonando *Tú y las nubes*, pero José Alfredo no se da cuenta. Le dice a la taxista que va a beber un trago del que tiene en su mochila, que si le molesta, y su voz suena aguardentosa como la de su tocayo que sigue cantando. *Beba, no hay problema*, dice la mujer, sonrío, y lo mira por el retrovisor, complaciente. José Alfredo se intimida, pero momentos después ya ha terminado con la media.

—¿Podemos parar en una licorera?

—No hay ninguna por aquí.

—¿Y entonces?

—Le toca hasta la Primera de Mayo, o si quiere vamos a la portería de un conjunto residencial aquí cerca donde sé que venden.

Un vigilante; los odio. Me siento un poco borracho, respiro, despacio, una vez, otra... con un clínex me limpio la frente, hace frío, sudo. El hombre enfundado en una ruana y con pasamontañas se acerca a la ventana del taxi con la media que le he pedido. Cobra más de lo que vale, le entrego un billete de cincuenta mil y regresa a su cabina por el cambio. La mujer no ha dejado de mirarme por el retrovisor: treinta y cinco años, o menos; gorda, con unas tetas enormes y ojos pícaros. Fumo y ella me pide un cigarrillo, dice que también quisiera tomar un trago, que lástima, que no puede pero que si le brindo toma, que tomada maneja mejor.

Le alcanzo la media y la destapa con propiedad, sin revisar el sellado: *Aquí son de confianza*, dice, bebe, se ahoga y los ojos le brillan con intensidad, rojos en el espejo, clavados en mí. *Vamos, yo le respondo por su cambio*, arranca sin que pueda contestarle... *Si nos ven aquí regañan al muchacho*. No digo nada, fumo. Parquea en un descampado —en la sombra—, se baja y se pasa al asiento de atrás, a mi izquierda. *Lo mío es mejor que lo que va a buscar*, dice, me toca, me quiere besar pero no se lo permito, me ofrece de la botella y bebo, dejo que haga lo suyo. Y sabe lo que hace. Por un momento cierro los ojos... en mi cabeza no hay nada, nadie, y me siento bien. La mujer se atraganta. Abro los ojos y ella retoma el ritmo. Veo su cabeza que sube y baja entre mis piernas.

Veo que tiene caspa y que dentro de algunos años será tan calva como yo. Su lengua gorda es un prodigio, resisto, quiero resistir pero ella levanta la cabeza y sonrío, babea...

— ¿Le gustó?

— Sí, me gustó.

— ¿A dónde lo llevo?

— A la Primera de Mayo.

#### IV

*Dalila Dreaming*, dice en el *Asunto* del correo. Lo manda [adelatuya@gmail.com](mailto:adelatuya@gmail.com), y en grandes letras azules se lee:

*Querido profe:*

*Le envío un cuento que escribí pensando en usted. Ojalá lo lea, ojalá le guste pero si no lo hace no importa. Como le dije, soy feliz sólo con saber que mi cuento está en su Bandeja de entrada, que yo estoy en su Bandeja de entrada así ni siquiera abra este correo.*

*Cariños, Adelita.*

Sigue revisando los correos y tiene varios de la Universidad, informes pendientes, reportes de notas... *Dalila Dreaming* por ahora tendrá que esperar.

José Alfredo, al recibir ese correo ya ha cumplido treinta y siete años. También ha publicado cuatro libros: tres poemarios y uno de relatos. Editoriales independientes, universitarias, autoedición disimulada. Como autor nadie sabe de él, a nadie le interesa. Tiene amigos que reconocen su buen ojo editorial: «Coge todo», dicen, y le dan para que corrija, lo ponen de jurado, le consiguen cátedras y lo montan de director del Taller de Creación Literaria de la Universidad (por el «buen ojo» y gracias a la presión de su mamá). Pero a él nada de eso le gusta, no le interesa: *Mi obra es lo primero*, dice, y se refiere a unas carpetas con tres novelas comenzadas, cuarenta páginas —o menos— de cada una, y un intento fracasado de hacer un Frankenstein con las tres. Pero ahora ya no dice *mi obra*, se conforma con *mi novela* o en diminutivo: *novelita*, así, con minúscula y ni si quiera lo dice, apenas lo piensa. No tiene a quién decírselo, ya no es promesa como lo fue a los veinte años cuando sorprendió

a todos con «Un extraño libro con sabor a infierno», como dijo de su poemario una vaca sagrada que nunca decía nada. Ya nadie espera algo de él, y él tampoco. Se refugia en sus clases de lectoescritura, en el taller. A veces repasa las carpetas: *¡Qué gran idea! ¡Qué manera de usar el lenguaje! ¡Qué personajes!...* Pero nada, sabe que eso no es nada: fetos, seres informes, fantasmas de lo que no fue y pudo haber sido.

— ¿Leyó mi cuento?

No levanta la mirada. Antes de que hiciera la pregunta él ya sabía que Adela estaba allí. Su perfume la precede, penetra todo, contamina con su fuerza. Su voz es cadenciosa, dulce, apenas ahora lo nota, qué vaina, qué descuido; alza la cabeza y la mira, mira sus ojos chinos iguales a los ojos de la mujer de Modigliani que permanecen cerrados en su tarjeta personal. Ella sonríe y con la mano izquierda se arregla el cabello, mueve la cabeza, gira, y José Alfredo siente en su cara la sombra de esa cabellera, negra, lisa, que llega hasta el bolsillo del bluyín en donde Adela guardó su tarjeta. Sigue ese cabello y desemboca allí: mira su culo y verifica que es bonito, dadivoso, siente una erección y agradece estar sentado, con las piernas bajo el escritorio. Ella nota que la está mirando y se da media vuelta, se acomoda, lo empuja para que lo mire bien: *adelatuya@gmail.com* dicen sus ojos, ella sabe de su erección, le gusta, se moja un poquito.

— No, aún no lo he leído.

— No importa, profe, cuando pueda léalo.

No, todavía no entro en esa Dalila que sueña. Tengo miedo, no quiero mirar sus senos de perra chiquita: así le decían en mi pueblo a esos pechos apenas insinuados, duros, recién cumplidos los veinte años, pezones oliendo a pomarroza, locos, engavillados con lo que guarda su bluyín: ese milagro en mitad de sus piernas, estrecho, y de seguro bien afeitado, perfumado con loción de barbie, esa rajita: *tulola@gmail.com*. Y esa boca de labios carnosos, esa garganta dispuesta para sembrar en ella un tronco de roble.

— Antes del próximo miércoles, recibirá los comentarios del cuento en su correo. Hace las correcciones y me lo envía de nuevo.

## V

Los letreros luminosos de siempre: *Monasterio, Fondo Blanco, LeWhisky, Excalibur, Flores Artificiales...* Las mismas casas pringosas: pequeños edificios construidos piso a piso, a medida que el negocio fue dando. Avisos de cerveza con unas nalgas arenosas que anuncian «lo que un héroe se merece». Horizonte quebrado, fatigado por el orín: mujeres de todas las edades, tamaños y precios; reclutas de permiso, oficinistas, ladrones, borrachos que no saben en dónde están, jaladores que indican el camino al paraíso 2 x 1 si se cuenta con ochenta mil pesos, y José Alfredo y otros como él: limpiecitos, decentes, asustadizos, sudando.

Entra a *Fondo Blanco*.

Pide una cerveza fría. No quiere que nadie se acerque. Va a mirar, sólo a mirar, sólo a lo que le interesa. Todas las muchachas están vestidas de Santa Claus: gorrito, minifalda con borde blanco moteado, botas de cuero hasta la rodilla, rojitas ellas, bonitas, hasta las más gordas están lindas. A José Alfredo no le gustan las gordas, pero la taxista de lengua prodigiosa lo ha puesto a dudar.

No sabía que era diciembre. Mira la fecha en su celular: 04/12/2010. Sí, ya cumplió años. Vuelve a mirar, busca... fue domingo, el 28 de noviembre fue domingo y él cumplió cuarenta y cinco años. No se acordó. Nadie se acordó. ¡Qué importa!, pero sí importa. Recuerda a su mamá. Recuerda al viejo calvo que le hizo muecas desde el fondo de su espejo, recuerda la rítmica cabeza casposa y propensa a la calvicie de la taxista. Siente náuseas, ganas de vomitar. Va al baño y vomita. Se recupera. La ebriedad se ha ido. Se siente bien. Pide otra cerveza y mira, busca lo suyo. Sabe que ninguna es como Adela, pero ya está acostumbrado.

## VI

Esteban fue quien lo llamó: 16 de septiembre, día de México, año 2000, Carlos Monsiváis, tequila, mariachis, Auditorio León de Greiff, 3:30 p.m., la Universidad convoca, invita el Semillero de Investigación en Literatura y Ciudad que dirige el pendejo: *Maestro, necesitamos que este sábado presente al maestro Monsiváis. ¿Y qué podría decir él de Monsiváis, o de la Revolución Mexicana? Y el pendejo ha seguido hablando: Adelita se lo pide como un favor especial. Ya al final de la llamada dice: Ella le manda a decir que lo de Monsiváis es una disculpa, que esa noche será especial, que quiere que siente a la belleza en sus rodillas y la injurie...*

Carlos Monsiváis fue mucho más que una disculpa: *Me fui de Comala porque me dijeron que en Houston vivía mi padre, un tal Pedro Páramo*, comenzó diciendo y luego hizo un mapa de la integración de América Latina con los Estados Unidos, a pesar de las políticas racistas, los acosos, las amenazas y los asesinatos... Habló de una nueva y necesaria revolución mexicana, pero José Alfredo no le puso mucha atención: Adela, esa noche, no usaba bluyín sino una minifalda entubada que resaltaba sus caderas, blusa de satín blanco, medias de malla transparente, zapatos de tacón —10 cm—, uñas, maquillaje, labios rojos, mejillas con rubor y la cabeza coronada con una peineta de carey... Adela que no parecía de veintidós años, que esa noche hizo de maestra de ceremonias y pronunció *Monsiváis* como si fuera una ciudad al final de la noche, y dijo *Maestro Pepe Jiménez* como si hablara de un jardín que ha cuidado desde pequeña. Adela, que terminada la charla y antes de abandonar el tablado, con su voz dulce dio las gracias a todos y los invitó a tomar tequila como si fuera una vieja costumbre de su casa.

—Le traje un tequila, profe...

Y Monsiváis se queda hablando solo, sin José Alfredo. Monsiváis educado por *Mito*, *Catzinger*, *Peligro* y sus otros gatos en la lejana casa en la Calle San Simón, se entrega al asedio de los muchachos del Semillero, los mima, les responde el *Cuestionario Proust* completo, les firma libros y bebe tequila con ellos.

No veo su nariz puntuda, no lo escucho, no me interesa su delirante charla sobre el furtivo mundo de los felinos domésticos. Recibo la copa y brindamos: *Por injuriar la belleza*, dices. Das media vuelta para que te mire: *¿Estoy bonita, profe?* Sí, muy linda. *A usted le luce el gabán, las gafas de John Lennon y sobre todo esa melenita que me enloquece...* *Qué pena, éste ya es mi tercer tequila.* Quiero decirte que las gafas son como las de León Trotski pero alguien pasa con una bandeja con pedazos de limón y sal, tomas uno y lo chupas, lo chupas muy despacio y me miras, muerdes esa ácida carnosidad y luego bajas la mirada y sonríes, satisfecha por el bulto que crece en mi pantalón. Llegan unos mariachis y les haces una seña, invisible tu mano los pone a cantar *Tú y las nubes me traen muy loco, Tú y las nubes me van a matar...* Me miras. Me matas. Monsiváis ya no está, ni sus gatos, ni los muchachos del Semillero... La ciudad huye asediada por un amarillo cielo crepuscular.

## VII

Después de esa noche, regresaste el otro fin de semana y al siguiente. Desnuda en el baño. Desnuda sobre mi cama. Desnuda en el comedor. Desnuda en las escaleras del altílo: *Soy tu mujercita sabatina, tu nena de fin de semana*, dices, y te lanzas sobre mí, me tumbas en el piso de la sala y me cabalgas. *Me hice trencitas para que te quede cómodo...* y chupas hasta que te duele la quijada.

—Escríbeme un libro.

Y lo escribo. Inicio otra novela y siento que ahora sí lo voy a lograr. Paso de la página cuarenta, y ya llevamos tres meses juntos: trece sábados. Termino el libro y escribo la dedicatoria:

*Para vos, que amáis en el escritor la ausencia de facultades descriptivas o instructivas, estas cuantas páginas horrendas de mi carnet de condenado.*

Es nuestro sábado número ciento veinte. Rimbaud te emociona, y esa noche superas el dolor de tu quijada y casi no me sueltas, el libro te anestesia. Sólo te queda un semestre de Universidad. Estás escribiendo tu monografía sobre *Una temporada en el infierno*, y por primera vez me dices que te vas a ir a París. Y por tus ojos cruza una melancolía que antes no te había visto. Que quizá nunca vi.

Nuestro sábado ciento sesenta y nueve no llegó, y habíamos quedado en celebrarlo. Supe que te habías ido, que en París te casaste con el pendejo, y que con tus antiguas amigas de vez en cuando hablabas de mí, que citabas al «querido profesor Jiménez, mi director de tesis».

Mi melena se fue cayendo y me dediqué a tomar trago. Dejé el taller —me sacaron—, y no volví a escribir. Boté las carpetas con los inicios de novela, el fracasado Frankenstein y tu libro. Borré los archivos, dejé de frecuentar a los amigos y abandoné para siempre el oficio miserable de corrector de estilo. Ya era tiempo de gastar el dinero que me dejó mi mamá. A los cuarenta años fui lo que siempre había sido: nadie, y calvo.

Compré *la Suiza* y las tijeras e inicié la cacería, un sábado cada tres meses. También compré una libreta para llevar el registro, y para olvidarte. El primer verso de olvido fue: *caro Satán, os conjuro a ello...*, de Rimbaud, desde luego, como los que siguieron.

## VIII

Sale de *Fondo Blanco* y entra a *Flores Artificiales*, allí también es diciembre.



—Me llamo Roxana —dice—, se sienta y bebe de su cerveza. *Ésta sirve*, piensa José Alfredo y pide la media de ron que la mujer le dice que pida. Beben.

—¿Puedo tocarle el cabello?

—Se mira, pero no se toca. Si quiere vamos al cuarto y allá hace lo que quiera.

Tiene unos veintisiete años, los ojos chinos como los de Adela y el pelo liso y largo como el de ella, parecido. Le entrega los cincuenta mil pesos que vale el rato, recoge la botella que apenas han iniciado y pide una cerveza bien fría. Antes de subir paga la cuenta.

Mientras ella está ocupada en desvestirse, él sirve dos copas de ron y en una, discreto, pone varias gotas de benzodiazepina y se la ofrece: *Brindemos por la Navidad*, dice, y la mujer toma la copa y bebe de un solo sorbo. Le sirve otra, más cargada que la anterior y ella bebe con ganas... *Ese trago sabe raro*, murmura, y toma de la cerveza. Recibe una tercera tanda y el sueño la vence. José Alfredo la acomoda en la cama. De su mochila saca las tijeras y con cuidado le corta la cabellera, de raíz, y la pone en una bolsa. Bebe un buen trago de la cerveza. Con *la Suiza* le afeita la cabeza hasta dejarla blanca y brillante: ni una cortada, sonrío. Mete todo en la aruaka y se va. A lo lejos alguien canta *Tú y las nubes...*

Ya en el apartamento se baña de nuevo. Sale de la ducha. Todavía desnudo se sirve un tequila. En el armario tiene veintitrés pelucas, con la melena de hoy hará la veinticuatro (por lo menos esa es la cuenta que llevan los noticieros y los diarios amarillistas). Toma la libreta y escribe: *Y la primavera me trajo la risa espantable del idiota*. Escoge una peluca —una con colas— y se la pone. Enciende un pielroja y sentado en el borde de la cama, con la copa de tequila en su mano derecha y el cigarrillo en la izquierda, se mira en el espejo del armario. Mira al gordo calvo atrapado en el azogue y le hace muecas obscenas, lo desafía, se burla. Toma las hojas empastadas en velobain, y las pone sobre la mesa de noche. *Dalila Dreaming* dice en la cubierta y debajo su nombre: *Adela Márquez Santiesteban*. Lucha por olvidar que leyó el último renglón de la última página que dice: *El que se enamora pierde, profe*.

\* \* \*

## Verano feliz<sup>4</sup>

*Pensé: mi padre ya no está, y si no hago algo de prisa,  
su vida entera se desvanecerá con él.*

Paul Auster, *La invención de la soledad*

### 1

Las naranjas ruedan por el piso de la cocina. Ella las recoge y las pone de nuevo en la canasta. Todas, menos la que cayó a mis pies; la levanto y la dejo sobre la mesa. A través de su bata blanca, estampada de astromelias, veo sus muslos y sus caderas firmes. Sonríe, sin mirarme de frente. Sus dientes blancos y parejos atesoran los rayos de sol que entran por la ventana. Se acerca con un cuchillo, pone la naranja en un plato de cerámica y la parte en cuatro pedazos. Me ofrece y tomo uno, los demás se los lleva a mi papá que está sirviendo otra ronda de aguardiente.

Él está feliz. Me alargó la copa y brindamos. Me pide que me quede a almorzar.

No lo veía desde hacía años. Está lleno de canas, tiene la cara manchada y camina cojeando del pie derecho. *La vena várice*, diría, si le pregunto. No sé qué edad tiene. Hago cálculos y decido que está cerca de los sesenta.

—Me quedo —digo— pero traigamos más aguardiente.

No me gusta beber, sólo quiero salir de esa casa. Le pido que me acompañe hasta la tienda.

Salimos y siento que respiro mejor.

—Se llama Milena —dice.

Calla, exhausto, como si pronunciar ese nombre le hubiera costado toda la energía que tenía.

Se apoya de mi brazo. En la calle saluda a todo el mundo, me presenta con gentes que de sobra saben quién soy yo. Llegamos a la tienda y pide cerveza. No sólo para nosotros sino también para tres amigos suyos que están en una mesa. Pide una botella de Ónix Sello Negro, para llevar.

En la rocola suena *Una sirena encantada*, de Los Diablitos.

*A tu lado todo se convierte en armonía / Tú borraste el pasado que me lastimaba...*

*Su vida es mi vida, su alma es mi alma...*

---

<sup>4</sup> Beca de Creación Literaria, Alcaldía Mayor de Tunja, 2021.

Mi papá canta. Lo veo, lo escucho y pienso que jamás hubiera imaginado que lo vería así. Parece más joven que yo, y seguramente en su interior lo es. Pide que nos sirvan de la botella que ha pedido para llevar y brindamos.

—¡Salud!

Dos mujeres entran a la cantina y le sonrían. A mí, en cambio, no me determinan. Mi papá las saluda con exagerada cortesía. Él siempre ha sido así, con una amabilidad y una elocuencia que empalagan. Pide dos copas y les sirve aguardiente. Ellas, sentadas en una de las mesas del fondo, le reciben el trago como si lo hubieran estado esperando. Las mujeres ríen, murmuran, van a la rocola y ponen música. Suena El Gran Combo.

—Son lindas ¿verdad?

La pregunta me toma por sorpresa. No sé. Para mí apenas son gente en una tienda y nada más. He pasado el tiempo viendo a mi papá, es decir, al ser que habita en el cuerpo del que alguna vez fue mi papá.

*Si te quieres divertir, con encanto y con primor / sólo tienes que vivir, un verano en Nueva York...*

—Sí, son lindas —respondo, como un autómatas.

—Pero no más bonitas que Milena —dice él, y se queda mirándome.

Sirvo otro aguardiente y no digo nada.

Me cuenta que conoció a Milena en uno de los bares a las afueras del pueblo. Que se hicieron novios y cansado de las noches cortas pasadas en los moteles le pidió que vivieran juntos.

—Eso no quiere decir que no ame y que no respete a su mamá —dice.

Le pido que no hable de ella, de mi madre. Bebemos, en silencio. Las mujeres de la rocola acercan sus copas, sonrían, coquetas, y él les sirve trago. La botella de Ónix ya va por la mitad.

Hace calor. En el techo de la tienda hay un ventilador. Una mosca, terca, se opone a la dirección del viento, se enfrenta a su zumbido metálico. Las aspas la absorben, la consumen, y la vomitan contra la pared. Atontada, retoma el vuelo y con brío reinicia su lucha con esa bestia eléctrica.

Mi papá otra vez habla de Milena. Lo escucho como si estuviera en otro planeta. Habla del amor y de los celos, sin mucha convicción. Habla de lo satisfactorio que le resulta estar con alguien tan joven. Me pregunta qué opino de eso, pero no digo nada. Le sirvo trago y continúa hablando. Los

ojos le brillan. Pienso que aquello es otro capítulo del viejo cuento del crimen perfecto, en el que la víctima aparece sin vida en un cuarto cerrado y trancado por dentro. Lo miro, pero él no tiene cara de víctima. Todo lo contrario. Pienso que su amor no va más allá de compartir la cama, de resolver lo básico de la vida, y que eso es suficiente. Ya quisiera yo algo parecido.

## 2

Cuando regresamos de la tienda, el almuerzo está listo. Mientras tanto mi papá me ha contado que, bajando por la calle de El chispazo, hace unos meses, se cayó y se rompió una pierna.

—He demandado al alcalde, por irresponsable —dice.

Luego habla de política, de los candidatos más firmes y de quién será el próximo alcalde, con su apoyo, claro. Regresa al tema de la caída, me muestra la pierna y maldice. Milena lo mira con ternura.

—Se firmó el yeso muchas veces —dice ella—, no hizo nada más durante el tiempo que estuvo enyesado.

La miro, es casi una niña, y sí, es más linda que las mujeres de la rocola. *Si te quieres divertir, con encanto y con primor...*, El Gran Combo resuena en mi cabeza y temo que ella lo escuche.

Mi papá habla del futuro. Me cuenta que vendió la vieja casa en donde nacimos y que va a comprar un taxi. Pienso en mi mamá, en mis hermanas, en mi hermano mayor que ya está muerto. Pienso en esa casa, en la calle por donde transcurrió mi niñez: seguro, en el poste del frente, bajo el farol amarillo los cucarrones de mayo se siguen dejando matar por la lluvia.

Terminamos de almorzar y vamos hacia la sala. Prendo un cigarrillo y trato de no mirar el vestido de flores de Milena; sus piernas. Ella va y viene dejando en el aire un perfume que atonta. Con pericia nos sirve más aguardiente y también sirve para ella. Se sienta al lado de mi papá y sonrío. Me mira, ahora sí de frente y sus pupilas se agrandan. Sé que debo irme de esa casa ya mismo.

Me despido. Mi papá me abraza, Milena se acerca y me da un beso en la mejilla: es más bajita de lo que creí. Su perfume, sutil, es una planta carnívora. Azorado, salgo de allí, deambulo por la avenida, por la plaza, por el matadero. Voy al parque principal, me siento en una de las mesas del Marie Rogêt y pido una cerveza. Bebo. Minutos después me levanto y retomo mi deambular por aquellas calles que ya no me reconocen. Me siento como la mosca del ventilador.

Hacía años que no iba a mi pueblo natal. Sin planearlo, pasé un tiempo con mi papá, bebiendo aguardiente, hablando de su nueva mujer y de los planes para su futuro en la vida. No supe en ese momento, y tampoco hubiera tenido manera de saberlo, que aquellas serían las últimas horas que pasaríamos juntos. No supe, tampoco, que nunca más vería a Milena, su joven viuda.

Al día siguiente amanecí en mi cama, en Bogotá, con una resaca de aguardiente y de pielroja. Amanecí con ganas de llorar, sin saber por qué. En mi cabeza El Gran Combo repitió, incesante: *Si te quieres divertir, con encanto y con primor / sólo tienes que vivir, un verano en Nueva York...*

\* \* \*

## Bobby<sup>5</sup>

*Los fantasmas son invisibles porque los llevamos dentro.*

Marguerite Yourcenar, *Alexis*

Las cajas de fósforos unidas con hilos son el tren de pasajeros en donde el niño monta al Llanero Solitario, a su amigo Toro, y a cinco indios cherokee. Estas figuritas de plástico son toda su riqueza y antes de ponerlas en los vagones hace que cada una, en señal de gracias, salude mirando hacia las siete direcciones: las cuatro cardinales más una hacia arriba, otra hacia abajo y la última al centro, a la caja secreta del espíritu que es el corazón. Es un ritual cherokee que aprendió leyendo historietas de Turok. El niño es el último que saluda, después su tren arranca con rumbo incierto.

La cabeza del niño es desproporcionada, tiene los ojos saltones y los párpados caídos. Su mamá no lo quiere. Desde el momento del parto lo evita, en lo posible, como si le tuviera miedo. Ella está convencida de que ese niño es un castigo divino: no es justo que ella, que fue reina de la *Fiesta de los ocobos*, allá, en su pueblo natal, tenga un hijo así de feo. El niño se mira en el espejo y siente que es igualito a su mamá, pero no dice nada.

El papá es economista, trabaja con una Fundación que lucha por el progreso, la igualdad y los derechos humanos. No para nunca de trabajar, parece un hámster atrapado en una rueda. Se la pasa viajando. Ve a su hijo de vez en cuando, lo ama, pero el niño no se ha enterado todavía. El niño crece solo y no sabe nada del amor. A veces habla con María Elena, la señora que ayuda en la casa, pero no más. Ella es la única madre que conoce, o lo más parecido a una. Cuando él nació su mamá fue a su pueblo, contrató a María Elena para que lo cuidara y, desde entonces, la casa huele a pomarrosas.

Todas las tardes, después de la escuela, el niño estudia ruso durante dos horas con un profesor que tiene la cabeza casi tan grande como la suya. El resto del día lo pasa dibujando con crayones en una libreta Canson, hasta que ya no queda luz. Debajo de la cama tiene una caja con sus dibujos: retratos de su mamá que nadie ha visto nunca. Ya cumplió once años y cuando tenga trece, eso le ha dicho su papá, se irá a vivir a Moscú. Después estudiará en la universidad Patricio

---

<sup>5</sup> Beca de Creación Literaria, Alcaldía Mayor de Tunja, 2021.

Lumumba, la misma en la que se graduó su papá con honores. Al niño, Patricio Lumumba le suena a malhechor de historieta de Tarzán. Él quiere estudiar Artes pero su papá dice que no, que esas son ocupaciones burguesas que no le aportan nada a la sociedad. El papá hace planes, habla de esas cosas pero no con el niño. Le habla al viento como si fuera un espejo. Igual, el niño no lo escucha, de momento el Llanero Solitario es su única figura paterna.

En una taza de porcelana María Elena le sirve fruta, una porción abundante, sin mezclar más de tres colores: uvas, banano y kiwi; le sirve chocolate, le acerca la canasta de pan y el queso. Así todos los días. El niño le pide un vaso de agua adicional. Desayuna solo, en el estudio que queda al lado de su alcoba, porque su mamá lo ha dispuesto de esa manera. Pero en realidad no está solo: las figuritas de plástico comen con él, devoran todo. El niño saca una botella de vino tinto que esconde debajo de su cama y sirve en el vaso que antes tenía agua. Se siente como un pequeño Jesucristo. Bebe. Toro y los indios cherokee lo miran complacidos, el Llanero Solitario bebe con él. El desayuno es una fiesta.

Lleva más de un año aficionado al vino, le produce un estado de ensoñación que él imagina igual al de las olas marinas que viajan a la deriva. María Elena ya se dio cuenta de que el vino desaparece de la cava que hay en la despensa, pero no dice nada. Incluso, de vez en cuando, ella misma lleva una botella para su casa, o quizá más de una. La señora no lo nota. No le interesa.

Es de noche. El niño ve a su mamá arrodillada a un lado de la cama matrimonial, como si le estuviera rezando al cuadro del Sagrado Corazón que cuelga de la pared, pero no, ella no reza, en voz baja repite varias veces la misma frase: *Hay cosas peores que la muerte*. Se levanta y se queda pensando, parece que no estuviera en esa habitación. Sacó un pequeño portarretrato del cajón en donde guarda su ropa interior y besa al hombre de la foto: *Bobby*, dice, y lo deja otra vez en su sitio. El niño no alcanza a ver al hombre del retrato: es joven y fuerte, y sonríe, como si estuviera posando para un comercial de dentífrico. Ella va hasta el bife y se sirve un whisky, bebe, despacio, y con la mano libre se acaricia los pezones. Las rodillas le tiemblan. Otra vez pronuncia ese nombre.

El niño siente una ligera aprensión en el pecho, le duele. *Bobby*, repite ella, *Bobby*, como si invocara a un fantasma. El niño teme que el dueño de ese nombre en cualquier momento aparezca. Intenta escabullirse, huir, pero los nervios no lo dejan. Respira profundo y al fin puede moverse, se

arrastra en la sombra sin hacer ruido. Su mamá sabe que él está ahí, pero le da lo mismo. Mientras no intente acercarse no pasa nada.

Ya en su habitación el niño se pregunta quién diablos será Bobby. Busca la botella de vino, se sirve un vaso, bebe, y dice *Bobby*. Su voz suena rara, ajena, muy diferente a la de su mamá. Dice *Sofía*, el nombre de una niña de la escuela que le gusta y su voz suena hueca. Se asusta. Se mete a la cama y se queda en silencio. Bebe más vino. Bajo su almohada el Llanero solitario, Toro, y los cinco indios cherokee están alerta. El niño sabe que ellos están ahí y eso lo tranquiliza un poco.

Cierra los ojos y ve a su mamá, de rodillas, acariciando aquel portarretrato. Se imagina el rostro del hombre que ella mira con ansia. La escucha decir *Bobby* y repite ese nombre con ella, *Bobby*. Siente, por primera vez en su vida, una erección.

\* \* \*



CARLOS CASTILLO QUINTERO  
(Miraflores, Boyacá, Colombia, 1966)

Ha publicado las novelas *Peces de nieve* (2018), *Gente rara en el balcón* (2016) y *Alicia Cocaine* (2016); los libros de cuento *Verano feliz y otros cuentos* (2021), *Dalila Dreaming* (2015), *Espiral al Sur* (2013), *Carroñera* (2007), y *Los inmortales* (2000). Los poemarios *Bitácora del fin* (2020), *Ab imo pectore* (2010), *Sin el azul del día* (2008), *Rosa fragmentada* (1995), *Burdelianas* (1994), y *Piel de recuerdo* (1990) Las antologías *Sinfonía de los ocobos / Escritores del Lengupá* (2015), *Pisadas en la niebla / Nuevos cuentistas boyacenses* (2010), y *El placer de la brevedad / Seis escritores de minificción y un dinosaurio sentado* (2005). Ha sido incluido en antologías y revistas literarias de Colombia, Venezuela, Argentina, México, Puerto Rico, Estados Unidos, Francia, España y Grecia. Cuentos, poemas y textos suyos sobre escritura creativa han sido traducidos al inglés, francés, italiano, portugués y griego. Ha ganado varios premios entre los que se destacan: Premio de Novela CEAB, 2015. Premio Bienal de Novela Corta Universidad Javeriana, 2012. Premio Nacional de Cuento convocado por el Ministerio de Cultura de Colombia y dirigido a directores de RENATA, años 2011 y 2012. Premio Nacional de Cuento Universidad Central, 2012. Premio Libro de Cuentos, CEAB 2012. Premio Libro de Poemas, CEAB 2007. Premio Nacional de Poesía Universidad Metropolitana de Barranquilla, 2002.



Por más de tres lustros ha sido director de Talleres de Creación Literaria, y profesor de Escritura Creativa en programas de pregrado y maestría. Escribe una columna de opinión en el periódico El Diario. Actualmente es el director de Burdelianas Poetry (Revista y Sello Editorial).

\* \* \*



Colección Vita Brevis  
[www.burdelianaspoeetry.com](http://www.burdelianaspoeetry.com)  
2022